

La sociedad mundial y sus turbulencias estructurales

VERSIÓN REDUCIDA

Pedro Gómez García

Publicado en José Luis Solana (coord.), *Con Edgar Morin, por un pensamiento complejo. Implicaciones interdisciplinarias*. Madrid, Akal, 2005: 89-125.

No hay nada más complejo que el proceso de globalización, en el que vienen a confluir todas las complejidades de la sociedad mundial y las vicisitudes del ser humano. De la globalización cabe discutirlo todo, excepto que es un hecho palmario. Algunos reducen su significado a la política económica neoliberal, o a la expansión del comercio y los flujos financieros, frente a los que ya no hay fronteras nacionales que resistan. Otros, con una visión más amplia y mayor pertinencia, entienden la globalización en el marco de la evolución humana y la problemática mundial en su conjunto, como una compleja trama de relaciones antrosociales, tecnoeconómicas, políticas e ideológicas, de alcance transcultural. La globalización financiera será un aspecto fundamental, pero parcial; aunque en su sentido más inmediato y reciente la idea de globalización aluda a la expansión económica, financiera y política que ha acontecido, principalmente a lo largo de los años 1990, tras el colapso de la URSS, y ha entrado en crisis hacia fines del año 2000, coincidiendo en el tiempo con la ominosa elección del presidente norteamericano.

El más acertado es, a todas luces, el concepto más global de globalización, o mundialización, que designa la red o estructura de intercambios de todo tipo entre las sociedades humanas, que ha ido evolucionando hasta implicarlas a todas y que, salvo catástrofe, seguirá evolucionando crecientemente hacia una Tierra y una humanidad cada vez más unificadas.

Esa evolución lleva tiempo construyendo un solo mundo, un sistema mundial, aunque éste se halle aún lejos de una mínima estabilidad. No podemos escapar ya a la mundialización. La mundialización constituye la forma contemporánea de la humanización, frente a la que todo particularismo comunitarista o multiculturalista debe denunciarse como reaccionario. El proceso de mundialización es una oportunidad para el progreso de la civilización, pero también para la generalización de la barbarie. Barbarie y civilización representan dos estados posibles del sistema mundial. Hoy estamos sumidos en una variante del primero, en un caos donde pugnan elementos y posibilidades contradictorios, fuerzas e ideas unificadoras y desarticuladoras, tendencias a la planetarización de la humanidad y tendencias a la balcanización.

La situación complicada en la que nos encontramos es la de una globalización descontrolada, salvaje y amenazadora. La tarea que nos aguarda es globalizar, mundializar, planetarizar, ecologizar y humanizar... aunque no existen recetas para ello. Se trata de la constitución de un sistema mundial muy complejo, en el que la

antroposfera y la biosfera alcancen una organización suficientemente estable, capaz de autorregular los desequilibrios que amenazan con catástrofes previsibles en horizontes cada vez más cercanos. Se trata también, y en definitiva, de aliviar en lo posible los sufrimientos humanos.

En este texto trato de analizar, a través de datos, comportamientos y síntomas, algunas dimensiones decisivas del *sistema mundial* humano y su evolución en la era planetaria. Estas dimensiones son: Las condiciones antropológicas e históricas que fundan su posibilidad de formación; las estructuras en crisis del sistema mundial, que designaremos como geoproblemática; y los modelos y las estrategias contrapuestas que tienden a obstaculizar, o promover, la organización de un sistema humano global, funcionalmente viable. En todos los planos, la clave se halla en una sistematicidad puesta a prueba, que depende de la interconexión y la interacción entre las distintas dimensiones. Pues unas se condicionan a otras, cobran significado y ejercen su influencia a través de la relación con las restantes y con el propio todo, que retroactúa sobre ellas con efectos o repercusiones a menudo impredecibles.

1. Las condiciones antropológicas e históricas

El *sistema mundial* no es en absoluto una entelequia. Existe aquí, en el seno de la biosfera terrestre, única y común, y, formando parte de ella y en sentido propio, desarrolla su existencia en la antroposfera, organización alejada del equilibrio, en una trama cuyas interacciones vuelven a sus integrantes humanos cada día más interdependientes.

Desde un enfoque panorámico y retrospectivo, la globalización abarca el proceso de expansión de la especie *homo sapiens* por todo el planeta, esa diáspora ecuménica milenaria, así como las fases posteriores de reencuentro y de intercambios entre las diferentes poblaciones, civilizaciones y culturas, que van tejiendo la trama de un sistema antroposocial planetario. La mundialización, como posibilidad y proceso de unificación civilizadora de la humanidad, se apoya en sólidas bases:

En primer lugar, encontramos unas *condiciones antropológicas* fundamentales, radicadas en el origen evolutivo y en la constitución bio-cultural propia del ser humano: Somos todos una misma especie, con el mismo genoma. Hay plena interfecundidad entre las poblaciones humanas, y los flujos génicos entre ellas nunca han cesado. Se dan en todas las poblaciones las mismas potencialidades del cerebro humano. Se encuentran en todas las sociedades humanas los mismos universales culturales: lenguaje, tecnología, organización social, estructuras semánticas. Es siempre posible, y una realidad cotidiana, la transmisión de rasgos socioculturales de unos individuos a otros, de unas sociedades a otras.

En segundo lugar, contamos con unas *bases históricas* en los procesos de integración, regionales: La formación de las grandes civilizaciones e imperios, que de hecho aconteció en todos los continentes. La creciente interacción (señalemos como fecha

simbólica desde 1492) entre las sociedades y culturas que se hallaban en diáspora, geográficamente alejadas. Las luchas seculares por dominación mundial: coloniales, imperiales, emancipatorias. La modernización del mundo: extensión de la ciencia, la técnica, la industria, el capitalismo, la democracia, la razón crítica, la mitología del desarrollo.

En tercer lugar, la *crisis planetaria*, que aparece como una crisis de futuro, suscitada por una trama de problemas globales, que entrañan amenazas -sociológicas y ecológicas- para todos, que no tienen solución local ni regional, y nos emplazan ante un destino común.

Así, pues, la globalización está encarnada en la mundialización del sistema *ántropo*, de la humanidad con su constitución bio-cultural, una y diversa. Lleva medio milenio trabando intercambios, relaciones, en un complejo proceso de planetarización, que compromete a toda la especie *homo sapiens* y a todas las civilizaciones y sociedades humanas. Esta historia ha generado problemas de tal magnitud que configuran una problemática específicamente global, que sólo podrá ser abordada globalmente, a escala mundial y con un enfoque complejo, irreductible a un solo factor clave de la solución.

El sistema antropológico sólo puede subsistir en determinadas condiciones ecosistémicas de la biosfera terrestre. La antroposfera, a su vez, se nutre de la biosfera, pero también incide e interfiere en la evolución de esta biosfera planetaria. De ahí que la humanidad tenga necesidad vital de cuidar tanto su estructura interna, su autoorganización, como su eco-organización. De no lograrlo, la humanidad puede perecer, ya sea por asesinato recíproco, mediante guerras de devastación social; ya sea por la inducción de colapsos ecológicos que desencadenen catástrofes climáticas o deterioros biosféricos generalizados e irreversibles.

2. El sistema mundial: La geoproblemática engloba a la antroposfera y la biosfera

El sistema mundial articula múltiples planos estructurales: demografía, economía, política, simbólica; y está inserto ecológicamente. Se dan flujos e interacciones entre todos esos planos, de donde emerge una sociedad/cultura planetaria, si bien todavía en condiciones caóticas y desiguales.

En los últimos tiempos, todas las fronteras están cayendo, pero están creciendo las brechas. No quedan fronteras infraestructurales; el subsistema tecnoeconómico promueve los intercambios y la locomoción global. La producción mundial toma en su mano los recursos mundiales. La polarización y el distanciamiento entre ricos y pobres agranda la brecha económica. Las fronteras estructurales de orden social y político se relativizan, transgredidas por asociaciones o por conflictos regionales y mundiales. Pero se agigantan las brechas de poder entre naciones impotentes, unas cuantas potencias medias y la hiperpotencia. Las fronteras superestructurales se borran: la información circula a raudales, las ideologías, las religiones y las identidades todas se

hallan desbordadas, pese a los repliegues sectarios y fanáticos. El ideal igualitario de los derechos humanos no impide que aumente la brecha del saber, la brecha científica y digital, la sima de ignorancia, desinformación y necesidad.

La crisis del año 2000, que puso en entredicho la «nueva economía» de la globalización, resultó agravada por la crisis de septiembre de 2001, con los ataques del terrorismo islamista contra Estados Unidos, lanzando el mundo a una era de incertidumbre. Las agresiones militares subsiguientes, de las guerras de Afganistán, en octubre de 2001, y de Irak, en marzo de 2003, no han hecho más que ensombrecer aún más el panorama.

Los grandes problemas, que al entrelazarse constituyen la red de la geoproblemática, son globales a la vez que alcanzan hasta los rincones más remotos:

- El problema de la superpoblación.
- Los problemas de la producción de alimentos y el agua dulce, las fuentes energéticas, los recursos minerales, la tecnología industrial, la sanidad, la desigualdad y la pobreza, la deuda externa, las enfermedades infecciosas: sida, malaria..., la mortandad evitable, causada por tabaquismo, obesidad y accidentes de tráfico, las crisis financieras internacionales, las ruinosas recesiones, el subdesarrollo insuperable.
- Los problemas de la legalidad internacional, los derechos humanos, el hegemonismo militar, el armamentismo, las guerras, el peligro termonuclear, la corrupción política, las migraciones, los refugiados, las mafias globales, el contrabando de seres humanos.
- Los problemas del analfabetismo, la manipulación de la información y el entretenimiento, las redes de espionaje, la brecha digital, el sectarismo ideológico o religioso, las drogas.
- Los problemas de la contaminación de aire, océanos y ríos, los gases de efecto invernadero y el calentamiento terrestre, el deterioro de la capa de ozono, la lluvia ácida, la acidificación y salinización de las tierras, la deforestación y desertificación, la reducción de la biodiversidad, la esquilación de los bancos pesqueros, el agotamiento general de los recursos naturales.

Estos *problemas globales* son todos transfronterizos; reflejan las necesidades globales de la humanidad y los crecientes desequilibrios del planeta. Por su naturaleza, requieren no sólo soluciones de cooperación global, multilateral -que siempre son parciales-, sino soluciones verdaderamente globales, que sólo podrán dimanar de instituciones mundiales de regulación de lo global.

2.1. Las estructuras demográficas explotan debido a la superpoblación

El incremento constante de la población mundial y la disparidad de su distribución territorial se está produciendo unilateralmente en los países más pobres y poblados, lo que plantea y agrava el problema de la *superpoblación*. Un ejemplo: Brasil, en 1900, tenía 17 millones de habitantes; en 2000, 170 millones. El contrapunto está en el

crecimiento negativo y el envejecimiento de algunos países de Europa, pero esto no atenúa el balance global.

Hacia 1830, la población alcanzó la cota de los 1.000 millones de personas. El 65% de ellas vivía en Asia, el 21% en la próspera Europa, y menos del 1% en América del Norte. Pasaron casi cien años antes de que naciera el niño 2.000 millones, hacia 1920. La tasa de crecimiento de la población oscilaba entonces alrededor del 1% anual. Pero, desde mediados del siglo XX, los antibióticos y otros avances en medicina, agricultura y sanidad mejoraron la expectativa de vida, aumentando el número de niños que vivirían para tener sus propios hijos.

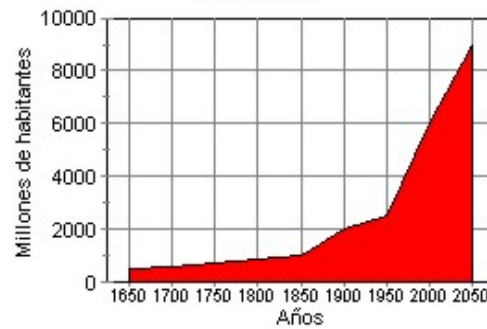
En 1961, ya éramos 3.000 millones. Al final de ese decenio, la tasa de crecimiento se situó en un pico persistente del 2,04% anual. Así, sólo 14 años bastaron para añadir otros mil millones. En 1975 se alcanzaron los 4.000 millones. Aunque las nuevas técnicas reproductivas ayudaban a frenar la tasa de crecimiento, con tanta gente ya en el planeta, se estaba produciendo una «explosión» demográfica, cuyos epicentros se sitúan en el mundo subdesarrollado.

En 1986, nació el niño 5.000 millones. Y hacia octubre de 1999, se alcanzaron los 6.000 millones de seres humanos. En la actualidad, Europa y África cuentan cada una con un 12% de la población mundial. En América Latina, vive el 9%. En América del Norte, el 5%. Y lo mismo que a principios del siglo XIX, Asia es el hogar de la mayoría de los habitantes de la Tierra: cerca del 61 por ciento, es decir, más de 3.500 millones de personas.

En agosto de 2004, los contadores de la población indican que se han superado ya los 6.450 millones de habitantes. Para mediados del presente siglo XXI, y a pesar de una leve tendencia a la baja en la tasa de crecimiento, nuestros números seguirán disparándose hasta la asombrosa cifra de unos 9.000 millones de personas. Además, casi todo este crecimiento habrá tenido lugar en países pobres, donde ya hoy la gente carece de alimentos y agua para cubrir la demanda. No es descartable en absoluto que lleve razón Giovanni Sartori, cuando sostiene: «El mayor peligro para el mundo es la superpoblación de los países pobres» (*El País*, 11 mayo 2003; véase también su obra *La Tierra explota*, de 2003).

La «explosión demográfica» que se refleja en esa curva exponencial del crecimiento de la población mundial tiene que ver directamente, sean cuales sean sus motivos, con la ausencia de un control efectivo y responsable de la natalidad. Y éste se ha visto obstruido insensatamente por argumentos políticos y religiosos inaceptables, tal como se pudo comprobar en la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, auspiciada por la ONU y celebrada en El Cairo, en septiembre de 1994, donde se pretendía establecer la estrategia para mejorar la situación de la población mundial. Allí fue deplorable el papel del Vaticano, alineándose con los regímenes musulmanes más reaccionarios.

Crecimiento de la población mundial
1650-2050



La cuestión es tan grave que cabe pensar seriamente si no bastará este disparatado descontrol demográfico, en la medida en que incide sobre el sistema global, para dar al traste con todas las esperanzas de éxito y para arrastrar a la humanidad hacia la catástrofe, aún en el caso de que la mayoría los demás grandes problemas entraran en vías razonables de solución. Un mayor nivel de renta y de formación hacen disminuir la tasa de reproducción, sin duda; pero, allá donde más grave es el problema demográfico, resulta que el crecimiento poblacional toma siempre la delantera al desarrollo económico, frustrando que suban los ingresos y haya escuela para todos y haciendo fracasar las políticas tendentes en esa dirección -cuando las hay-. Por si fuera poco, donde más falta haría una política eficiente frente a la situación de miseria, ésta suele retroactuar positivamente con una amplificación de la corrupción de los Estados.

Es obvio que los territorios no pueden estirarse; es patente que el desarrollo económico y humano lleva un ritmo insuficiente para atender a las necesidades; numerosos gobiernos nacionales no pasan de ser una ficción; las instituciones mundiales observan impasibles y paralizadas, mientras que la crecida demográfica corre sin bridas hacia el precipicio. De no frenar a tiempo, los efectos deletéreos serán impredecibles, pero inexorables: ¿Tal vez migraciones masivas, guerras devastadoras, epidemias que harán presa sobre cientos de millones de seres humanos, degradación de continentes enteros? El comportamiento autodestructivo de las plagas de langosta puede servir de metáfora premonitrice. Lo que de hecho constituye ya una locura al nivel global de la especie humana necesita, con urgencia, llegar a ser percibido como tal por los responsables políticos, por los educadores, por los progenitores, por la gente de la calle, si es que han de cambiar las estructuras y los comportamientos. En más de dos tercios de los países, la triste y cruda realidad es, en general, que un niño que nace no trae un pan bajo el brazo, sino una boca hambrienta; y, contra lo que se cree, no va a suponer una ayuda para los padres o para la patria, sino un problema sin solución a la vista.

Cuando Thomas R. Malthus escribió su *Ensayo sobre el principio de la población* (1798), quizá no llevara razón. Apenas había entonces mil millones de humanos en el mundo. Hoy, con ¡seis mil quinientos millones! y el planeta notoriamente más deteriorado, a consecuencia del modo de producción y reproducción dominante, los límites tecnológicos y ecológicos nos atenazan a todos de forma cada vez más coercitiva. No

se puede pensar sin pensar en el sujeto concreto que somos, como especie, como individuos y como sociedades; ante todo esta especie de homínidos en su mayoría desharrapados, al parecer poco capaces de organizarse como humanidad, a fin de mejorar sus perspectivas de futuro.

2.2. Las estructuras económicas crean riqueza extrema, pero extienden la pobreza

Las infraestructuras del sistema mundial son las establecidas por el desarrollo tecnoeconómico. La ciencia, la tecnología, la industria y el capital han firmado una santa alianza que conquista el mundo. Sus promesas de bienestar, sus producciones y sus depredaciones de todo género han traspasado todas las fronteras, con efectos desiguales: la opulencia para un 15 por ciento de privilegiados y la miseria para casi todos los demás. Total, promesas rotas.

En todo proceso económico, el problema básico radica en la *tecnología de producción*, que aporta herramientas y procedimientos capaces de conseguir un grado más o menos eficiente de productividad (la cual indica la relación entre lo invertido y lo obtenido, en términos de energía o de recursos y productos). No hay que confundirla con el incremento de la producción, que puede lograrse por extensión o por intensificación de una misma tecnología, manteniendo estable el índice de productividad e incluso bajando éste.

Con la tecnología en uso, la *productividad* del sistema tecnoindustrial imperante, según los datos disponibles, se encuentra en general estancada y sólo remonta en ciertos sectores vinculados con las llamadas nuevas tecnologías, que tampoco conllevan un despegue indefinido, sin caída. En conjunto, estos últimos años, se observa un estancamiento mundial de la productividad, excepto en Estados Unidos, donde en algunos trimestres ha aumentado entre un 5 y un 8,5%. Si consideramos la estructura tecnoeconómica globalmente, prevalece un hiperindustrialismo depredador y contaminante, que traslada costos al medio ambiente y a las generaciones futuras. Esos costos incumben intrínsecamente al cómputo de la productividad. Pues bien, pudiera ser que la contraproduktividad global no sea un fantasma sino un hecho, un aspecto crucial del proceso, que esté minando ya los cimientos de la economía mundial. Se encontraría en fase de rendimientos decrecientes, esto es, en crisis estructural. Es sabido que sólo la innovación tecnológica permite, en tales crisis, remontar y reiniciar una nueva fase con un modo de producción renovado. La pregunta es si están a punto tecnologías de mayor productividad para los sectores clave; con una productividad que no escamotee los costos ocultos, ecológicos y humanos. Y si esas tecnologías estarán a disposición de todo el mundo o, como hasta ahora, al servicio de los países ya industrializados y en detrimento de los que ya estaban en la vía muerta de un desarrollo imposible. Las estructuras económicas se dicen mundiales no sólo por su extensión geográfica, sino por aportar los medios de producción y satisfacción de las necesidades a todo el mundo. Sin equidad, el cambio tecnológico arriesga traducirse en una fuente incesante de nuevos conflictos internos e internacionales.

En el aspecto cuantitativo del volumen de la *producción* mundial, Estados Unidos alcanza una cuota del 27% del total; es decir, igual a la suma de los tres países siguientes con mayor producción: Japón, Alemania y Francia. Esto da idea de lo desajustada que está la producción de riqueza y su distribución en nuestro mundo.

La producción es básica en todas las sociedades humanas, que de ella dependen para sobrevivir y mantener su modo de vida. El conjunto de la producción suele traducirse (aunque quepa oponer ciertas reservas y haya que compaginar energía e información) en términos de producción y consumo de *energía*, como equivalente universal, que se particulariza en forma de alimentos, agua dulce, vivienda, transporte, medicamentos, artefactos y servicios. A su vez, la energía se valora en términos de otro equivalente universal nominativo, que es la moneda, el valor de cambio.

Así, pues, el grado de desarrollo económico se mide en energía per cápita, o más a menudo en renta por persona. Los datos globales en este punto arrojan grandes desniveles. En números redondos, de 6.000 millones:

- 1.000 millones de personas disfrutan de una buena situación, con 25.000 dólares de renta media y 80 años de esperanza media de vida.
- 3.000 millones de personas (incluida China, parte de India y del este de Asia, Brasil y México) van avanzando trabajosamente por las vías del desarrollo.
- 2.000 millones de personas yacen sin posibilidades de desarrollo: llevan una vida desesperada, tratando de sobrevivir, faltos de alimentos, agua potable, medicinas y saneamientos. Su esperanza de vida es inferior a los 50 años. Las zonas más problemáticas se concentran en África subsahariana, Asia central y la región de los Andes, en Suramérica. El continente en peor situación es sin duda África.

Entre los problemas de la producción, el más vital radica en la producción de *alimentos*. Si la ponemos en relación con el problema demográfico, la recursión entre ambos resulta desastrosa. Las reservas mundiales de cereales se estancaron hace más de medio siglo. El hambre no es una plaga mítica, sino un destino trágico actual. La Cumbre Mundial sobre la Alimentación, en 1996, propuso reducir a la mitad las personas desnutridas en el mundo como meta para 2015. Esto exigiría disminuir la desnutrición en 24 millones de personas cada año. Pero de hecho se están reduciendo sólo en un promedio de 2,4 millones. Hoy reconocen que no se alcanzará el objetivo. Según *El estado de la inseguridad alimenticia en el mundo 2002* (de la FAO), en el mundo hay 840 millones de personas desnutridas. El 15% de la población mundial pasa hambre crónica. De ellas, 799 millones en los países declaradamente pobres; 30 millones en los países llamados piadosamente «en transición»; y 11 millones en los países industrializados, que al mismo tiempo padecen problemas crecientes de obesidad.

Jean Ziegler, profesor de varias universidades y en la actualidad comisionado de la ONU para el derecho a la alimentación, es mucho más radical en su ensayo de claro título: *Los nuevos amos del mundo* (2003). En él aporta el terrible dato de que «el hambre, la sed, las epidemias y la guerra (...) cada año se cobran más vidas de

hombres, mujeres y niños que la carnicería que fueron los seis años de la Segunda Guerra Mundial. (...) Cada siete segundos, en la Tierra, un niño menor de diez años muere de hambre». El análisis de esta situación es palmario: «quien tiene dinero, come y vive; quien no lo tiene, se queda inválido o muere. El hambre persistente y la desnutrición crónica son obra del ser humano. Son el resultado del orden asesino del mundo. Quien muere de hambre es víctima de un asesinato» (Ziegler 2003: 15).

Las esperanzas de acabar con el hambre las han cifrado algunos en la introducción en la dieta de organismos modificados genéticamente. Pero los transgénicos, cuya aportación no cabe desdeñar, siempre que esté plenamente contrastada su seguridad, se hallan envueltos en una polémica, difícil de resolver, dado el oscurantismo científico-tecnológico y la prioridad mercantilista que caracteriza a las empresas multinacionales monopolizadoras de los alimentos transgénicos. Milagro será que, con sus estrategias depredadoras, no acaben creando más hambrientos (1).

Para vivir es tan vital comer como beber. El problema del *agua* dulce es acuciante para el consumo humano. Pero también lo es para la agricultura y para la industria. Más de 1.000 millones de personas padecen los efectos de sequías. En muchas regiones, la escasez de agua impedirá el desarrollo agrícola (la producción de alimentos) e industrial. En algunos países se llegará a una situación límite, incluso para el consumo humano y el saneamiento.

Por otro lado, todos los individuos humanos acaban viendo afectada su salud por la enfermedad o la edad, lo que plantea el problema de la sanidad y los *medicamentos*. Muchas sociedades pobres se encuentran indefensas y sin medios para afrontar la prevención o el tratamiento de las enfermedades, a veces de fácil curación. Cuando surgen dolencias endémicas, como la malaria, o epidemias graves, como el sida, sociedades enteras se hunden en la morbilidad. Los poderosos ponen trabas a que se faciliten medicamentos a bajo costo. Es que la industria farmacéutica mundial no desea arriesgar un céntimo de los 350.000 millones de euros anuales que mueve, una cuantía similar a la del sector del automóvil (cifras de 2003).

Según datos de la Organización Mundial de la Salud (enero de 2003), en África, mueren cada día 9.000 niños por enfermedades que se pueden prevenir porque hay vacunas para ellas. Si añadimos los efectos de la tuberculosis, la malaria y el sida, suman 22.000 niños muertos al día. Esto es, cada semana más víctimas que las de la bomba de Hiroshima.

La desatención no es sólo cosa de países pobres. Según los datos facilitados por el Censo de Población de Estados Unidos (en octubre de 2003), el número de personas sin seguro médico en ese país aumentó un 5,7% en 2002. El año anterior, el 14,6% de la población carecía de cobertura; un año después, los 43,6 millones de personas sin seguro representan ya el 15,2%.

El funcionamiento del sistema tecnoeconómico depende intrínsecamente de las *fuentes de energía* para las que está diseñado. Éstas se hallan íntimamente ligadas al

modelo tecnológico, por lo que resultan determinantes para la productividad y el desarrollo de la producción. Sin asegurar el flujo energético necesario, todo el sistema colapsaría. Pues bien, es sabido cómo ese flujo se nutre básicamente de combustibles fósiles, cuyas reservas son limitadas y cuyos perniciosos efectos contaminantes distan de estar controlados. El modelo de crecimiento imperante impone una demanda de energía que aumenta exponencialmente.

Globalmente, el ritmo de consumo actual (en 2003) de energía primaria, por parte de nuestra especie, supera los 12 teravatios (es decir, los 12 billones de vatios, equivalente al gasto de 120.000 millones de bombillas de 100 vatios). Corresponderían unas 20 bombillas por persona en el mundo, en una repartición estrictamente imaginaria. Porque unos consumen con loca voracidad y la mayoría se quedan a oscuras. Estados Unidos, con 270 millones de habitantes, consume más energía que América del Sur, África, Oriente Medio, India, Sureste de Asia y Oceanía juntos, en total, 3.100 millones de habitantes (cfr. www.nationmaster.com, junio 2003). El individuo medio norteamericano gasta 30 veces más energía que el de los países en vías de desarrollo.

No entremos en pronosticar el previsto agotamiento de los yacimientos petrolíferos, mientras no cesa de crecer la demanda. Ni nos detengamos aquí en la «monstruosidad tecnológica» de la energía de fisión nuclear, denominada así por antiguos altos gestores del emporio electronuclear estadounidense. Su total inviabilidad como solución energética ya fue demostrada por el Segundo Informe al Club de Roma (*La humanidad en la encrucijada*, 1974), hace nada menos que treinta años. ¿Soñaremos con el hidrógeno como nueva panacea, que democratizará por fin la energía en redes que darán su fluido a todo el mundo? Hay defensores y detractores. Dicen que hay soluciones tecnológicamente disponibles. Está por ver. Los dinosaurios del petróleo ocupan aún el primer plano en la escena.

Junto a las fuentes energéticas que sustentan la producción, sin reemplazo para las sociedades industriales e informacionales, y menos aún para las sociedades depredadas, hay otro factor tecnoeconómico decisivo: los *recursos minerales no combustibles y metales*. Se trata, además, de recursos no renovables y que, en la mayor parte de los casos, ofrecen reservas limitadas o en vías de agotamiento. El 20% de las sociedades, las más industrializadas, consumen el 94,5% de los minerales. Algo similar ocurre con los recursos forestales y con los recursos pesqueros; aunque éstos son renovables... si la tala salvaje y la esquilación de los caladeros no impidiera la regeneración, de manera irreversible.

Cualquiera que sea el asunto abortado, hay algo que resalta de forma constante y machacona, hasta el punto de que parecería un hecho natural o un fátum. A los problemas técnicos de la producción se añaden siempre, como agravante, los de la distribución y el consumo; es decir, la constatación de la *desigualdad*, los datos alarmantes que indican la expansión de la pobreza y la miseria.

La producción global de riqueza ha aumentado sin cesar durante los últimos decenios. Pero, a la vez, no ha dejado de crecer el abismo entre los países y entre las personas. Paradójicamente, nunca se ha producido en el planeta tanta riqueza como hoy; y nunca ha habido tanta pobreza y tantos millones de empobrecidos y miserables. El 20% más rico posee el 85% de la riqueza mundial, mientras que el veinte por ciento más pobre no posee más que el 1,4%. Los tres potentados más ricos del mundo tienen un activo superior a la suma del producto interior bruto del conjunto de los países más subdesarrollados, poblados por 600 millones de habitantes. Los 84 individuos más ricos del mundo poseen una riqueza que excede el PIB de China con sus 1.300 millones de habitantes. Un solo ciudadano de Estados Unidos, Bill Gates, dispone de más riqueza que el conjunto del 45% de los hogares de aquel país. El mismo país en el que el 5% de los hogares con mayor poder adquisitivo dispone de casi el 50% de la renta nacional.

Mientras tanto, hay 80 países en el mundo que tienen hoy una renta por persona menor que en 1990. Mientras tanto, la mitad más desheredada y vulnerable de nuestra especie, esto es, 3.000 millones de personas, viven con menos de 2 dólares al día y, de éstos, 1.300 millones con menos de 1 dólar diario (datos de noviembre de 2002).

La brecha de la diferencia en renta per cápita no ha dejado de crecer continuamente, a partir de 1960, según el *Informe sobre desarrollo humano*, de Naciones Unidas. El aumento de la desigualdad es un rasgo estructural de la globalización. Las diferencias de fortuna entre los ciudadanos del Norte y del Sur, y dentro de cualquier sociedad, han aumentado exponencialmente en el último cuarto de siglo y en especial desde 1990. No es casualidad que sean los años hegemónicos de la *revolución conservadora*. Y es que, al decir de Manuel Castells, «las redes globales de riqueza y poder enlazan puntos nodales e individuos valiosos por todo el planeta, mientras que desconectan y excluyen a grandes segmentos de sociedades y regiones, e incluso países enteros» (1996: 50-51). La desconexión respecto al nuevo sistema tecnológico se convierte en fuente de «diferencias críticas» en nuestra sociedad global.

Lejos de acabar llegando a todos, la extrema riqueza del capitalismo global, concentrada cada día en menos manos, refuerza políticas cada vez más conservadoras, bajo una ideología podrida, que malamente encubre la indigencia intelectual y moral que la corroe, y su responsabilidad en la destrucción social y medioambiental. Puesto que la razón última y el valor único estriba en hacer dinero al máximo, ignorando todo lo demás, los mecanismos automáticos impuestos por esa estrategia favorecen sistémicamente los intereses de los ricos y postergan los intereses generales: Las desigualdades sociales sólo pueden resultar cada vez más desmedidas. Según el *Informe sobre desarrollo humano 1999*, de la ONU, la disparidad de renta entre el quinto más rico y el quinto más pobre de la población mundial era: en 1960, de 30 a 1; en 1990, de 60 a 1; en 1997, de 74 a 1.

También es conocido cómo, en muchos países, las condiciones de subdesarrollo económico, de por sí ya calamitosas, se han agravado hasta el borde de la ruina, a

consecuencia de la *deuda externa* contraída con otros estados, empresas multinacionales o instituciones financieras mundiales.

¿Se condonará la deuda, al menos en parte? ¿Se contrarrestará merced a la *ayuda al desarrollo* por parte de los países opulentos? Frente a la flagrante desigualdad de los pobres, la ayuda al desarrollo no representa más que una limosna simbólica e insuficiente, cuando no un negocio encubierto, porque se supeditan a gastarlo en compra de armamento u otros productos que no necesitan. Hace treinta años, las naciones ricas firmaron en la ONU el acuerdo de destinar el 0,7% anual de su producto interior bruto (PIB) para la ayuda al desarrollo. ¿Cuántos países han cumplido ese compromiso, después de tantos años y tantas campañas? En la actualidad, sólo los países del norte de Europa. La ayuda exterior de Estados Unidos es inferior a la de cualquier otro país rico: un 0,11% del PIB. La ayuda oficial al desarrollo de los países de la OCDE es de un 0,22% de su PIB (datos de 2002). Unión Europea da en ayuda 26.000 millones de dólares al año. Estados Unidos da 10.500 millones. Cada sueco aporta 6 veces más que cada estadounidense.

En suma, el liberalismo en el comercio mundial es una mentira tan enorme que recubre el planeta entero. Organizaciones como la Organización Mundial del Comercio (OMC), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) han sido sometidas y funcionan como mecanismos específicamente manejados para evitar que haya participación en condiciones de igualdad. En la OMC, los Estados plutócratas se niegan en redondo a abordar las causas verdaderas de la pobreza. La realidad es el férreo proteccionismo comercial de Estados Unidos, por ejemplo, con subvenciones millonarias a las grandes plantaciones de algodón. Se subvenciona no sólo el sector agrícola, sino el industrial (la siderurgia, la madera) y el de servicios (las compañías aéreas). El proteccionismo comercial de Unión Europea, concede ayudas a la exportación de leche y azúcar. De hecho, los países ricos dedican siete veces más dinero a subvencionar su agricultura que a la ayuda oficial al desarrollo (2003). Si fuera más equitativo y más libre, el comercio internacional beneficiaría a los países subdesarrollados y contribuiría eficazmente a la erradicación de la pobreza en el mundo. Pero habría que cambiar sus reglas, que ahora sólo benefician a las naciones ricas. Técnicamente nada impide que los flujos de información y financieros incorporen otros valores, aparte de la maximización del capital.

La estructura tecnoeconómica ofrece gran resistencia a la conciencia de estos problemas. O más bien, es que hay *otra* conciencia que es la que se impone a las estructuras: «El proceso de globalización económica fue deliberadamente diseñado por los principales países capitalistas (las llamadas 'naciones del G-7'), por las mayores corporaciones transnacionales y las instituciones financieras globales creadas para ese propósito, particularmente el Banco Mundial (BM), el FMI y la OMC» (Capra 2002: 182). Es lo que se ha llamado «consenso de Washington» (1989), cuyos diez mandamientos, cumplidos unos menos que otros, rezan: 1) Establecer una disciplina fiscal. 2) Dar prioridad al gasto público en educación y salud. 3) Llevar a cabo una reforma tributaria. 4) Establecer tasas de interés positivas determinadas por el mercado. 5) Lograr tipos de cambio competitivos. 6) Desarrollar políticas comerciales

liberales. 7) Una mayor apertura a la inversión extranjera. 8) Privatizar las empresas públicas. 9) Llevar a cabo una profunda desregulación. 10) Garantizar la protección de la propiedad privada. La creencia de que el «neoliberalismo», la privatización, la desregulación, etc., produciría una expansión económica que acabaría llegando a todos, como una marea creciente, ha resultado la mayor patraña de entre dos siglos. Excluyeron de sus modelos económicos los costes sociales e ignoraron los costes medioambientales. En consecuencia, el impacto destructivo ha dañado a la antroposfera y la biosfera. El amenazante fantasma de la contraproduktividad asoma al estallar las burbujas financieras y se agazapa escondido en las trampas de la creatividad contable. El rumbo de la economía no obedece a una necesidad histórica, sino a la coerción de un decisionismo político, lastrado ideológicamente.

2.3. Las estructuras políticas, poderes estatales que frustran un poder mundial

Las actividades económicas se hallan estrechamente vinculadas con las decisiones del poder, y a la inversa. El poder político cuenta con autonomía, al tiempo que es dependiente del subsistema económico y de construcciones semánticas que lo legitiman. En este punto, el mayor problema de la humanidad radica en la inexistencia de un verdadero gobierno mundial. Hay un sistema mundializado en todos los aspectos, pero en fase de torbellinos formativos, sin una organización de orden jurídico, político y militar constituida con poder efectivo a escala global. Las instituciones mundiales, nucleadas en torno a la ONU, sólo representan fragmentos embrionarios, sin capacidad ejecutiva mínimamente autónoma, casi atrofiados por la acción al margen de las superpotencias. Los Estados que las conforman son los mismos que estorban con alevosía su consolidación.

El Estado nacional continúa siendo el aparato político fundamental. Es ilusorio pensar que vaya a ser sustituido por la globalización ni por la revolución tecnológica e informacional. Es cierto que su soberanía ya no puede ser tan absoluta como antes. El Estado conserva los resortes legislativos, judiciales y coercitivos del poder; pero no es ningún secreto que los gobiernos han abdicado de su defensa del interés general, bien porque, faltos de proyecto, se han creído el mendaz canto de sirena del neoliberalismo, bien porque al puesto de mando se encaraman, con abominable frecuencia, gente canalla y hasta notorios caballeros delincuentes, bien porque las potencias hegemónicas y las corporaciones transcontinentales los sobornan o los chantajejan vilmente.

Bien es verdad que, desde hace como un siglo, se comenzó a trabajar por conseguir acuerdos internacionales, al modo de las convenciones de Ginebra... Después de la primera guerra mundial, la Sociedad de Naciones terminó en un vergonzoso fiasco. Tras la segunda guerra mundial, se han realizado grandes progresos en lo referente a los *derechos humanos*, el *derecho internacional* y la *institucionalización mundial*. Si examinamos el panorama político global, descubrimos que, en efecto, hay una historia de conatos y logros importantes en la creación de un cierto orden internacional, en

diversos grados y modos. Contamos, a pesar de todo, con una tradición de constituir una regulación jurídico-institucional mundial, en torno al eje de la ONU.

De tiempo en tiempo, han ido congregándose y cobrando relevancia las llamadas cumbres mundiales o conferencias internacionales, las cuales adquieren un eco momentáneo en la opinión pública, pero su eficacia está aún por demostrar en la actuación política. La glacial indiferencia de los grandes protagonistas resuena como una carcajada sarcástica por todo el planeta.

Es innegable que se da un avance, lento y con retrocesos, en el reconocimiento y respeto de los derechos humanos en múltiples dimensiones. Observamos una paulatina promoción de la legalidad internacional, la proscripción de la pena de muerte en muchos países. Ahora bien, estamos muy lejos de vivir bajo el imperio de una ley universal, a la que se sometan todas las naciones y las personas por igual. La realidad es que los acuerdos internacionales, incluso cuando son suscritos y ratificados, no siempre se cumplen efectivamente (2).

Lo que verdaderamente tiene efectividad es esa amplia trama de organismos internacionales, esto es, interestatales, fundados bajo la ideología de la cooperación multilateral de los Estados, pero casi siempre desnivelados por el peso decisivo de unos pocos socios. No tiene objeto engañarnos. Así ocurre, por ejemplo, con Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial (fundados en 1946), que regulan las inversiones mundiales.

Por otra parte, algunos procesos de creación de espacios económicos y políticos regionales, supraestatales, han avanzado con dispar consistencia: Unión Europea (UE), es el caso paradigmático. Mercosur aún está en sus balbuceos. Esto nos proporciona un modelo de estructuración intermedia entre los estados nacionales y la organización global de la sociedad mundo.

En esa línea de consorcios pluriestatales destacan las alianzas militares enfocadas a la defensa colectiva, bajo el patrocinio y mando de la hiperpotencia estadounidense. La más poderosa de ellas, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN/NATO). Y en el lejano oriente, la Organización del Tratado de Asia del Sureste (SEATO). No sé si es redundante subrayar que no existe ninguna alianza militar ni remotamente semejante de las restantes naciones del ancho mundo. El Pacto de Varsovia se disolvió en marzo de 1991.

Al socaire de la globalización, han ido surgiendo y articulándose una nueva clase de asociaciones con fines de intervención humanitaria, en todos los confines y en los más críticos campos. De ellas había sido precedente la Cruz Roja. Se conocen con el rótulo de *organizaciones no gubernamentales* (las ONG). Algunas de ellas han ganado un enorme prestigio con sus actuaciones y campañas: Amnistía Internacional, Greenpeace, Médicos sin fronteras, Oxfam/Intermon, Charitas Internacional, otras muchas.

También han aparecido movimientos de resistencia global, seguramente mal calificados incluso por ellos mismos como «antiglobalización». Estas movilizaciones *altermundistas* hacen confluír un enorme caudal de organizaciones e iniciativas dispersas, que se dan cita en multitudinarios foros mundiales. Ha nacido una opinión pública mundial y, con ella, una sociedad civil mundial, que denuncia los problemas y propugna una mundialización que se responsabilice de todos los habitantes de la Tierra. Esta nueva conciencia ubicua es la que suscitó la impresionante oleada de manifestaciones, que dio la vuelta al planeta el día 15 de febrero de 2003, en oposición a la ya inminente guerra contra Irak. Fenómenos como éste muestran que, junto a las estructuras diseñadas y formales, actúan también «estructuras informales», fluctuaciones constituidas por redes de comunicaciones que se autogeneran sin cesar.

Esa guerra, desencadenada haciendo caso omiso de toda legalidad internacional, e invocando supuestas razones que resultaron luego públicas mentiras, debe alertarnos, entre otras cosas, ante el discurso de los «derechos humanos» manipulado como ideología. En efecto, la invocación de los derechos humanos ha servido de hipócrita legitimación a la barbarie. Su lenguaje es fácilmente usado como jerga que se inventa un universo moral imaginario, habitado por enemigos malvados y Estados canallas a los que es una obligación enfrentarse con nuestros nobles ejércitos y con la ayuda de nuestros virtuosos aliados... La posibilidad de que la apelación a los derechos humanos resulte ser «un discurso de imperialismo moral tan cruel y engañoso como la arrogancia colonial de antaño» es perfectamente real (Ignatieff 2003).

Porque, por lo demás, ¿qué legitimación honesta puede tener hoy el tremebundo y terrorífico montaje militar mundial y los odiosos arsenales que incuban la destrucción absoluta de la Tierra y todos sus habitantes? ¿Es eso signo de poder, o suprema impotencia? Da miedo que los terroristas se apoderen de armas de destrucción masiva: qué horror; pero ¿cómo hay que considerar a quienes las fabrican, las poseen en superabundancia y amenazan con ellas (porque no parece que las usen como amuleto)? Resulta demencial y suicida creer que la propia seguridad puede fundarse en un sistema armamentista que mina la seguridad de todos, sin excepción. Sin embargo, es en esa divinidad, Violencia, en la que creen ciegamente. Nadie con sentido común piensa que sea posible dar un salto histórico a un mundo idílico: seguirá siendo necesaria la fuerza, pero sometida a la razón y la ley, a la proporción. Es la divinización de la fuerza, tendente a hacerla infinita, lo que la convierte en infinitamente abyecta, totalmente desprovista de legitimidad política o ética. Para la especie humana constituye una encarnación del mal, asentado objetivamente ahí en forma de muerte y extinción técnicamente posible.

El derroche en gastos militares y armamento, generalmente muy por encima de lo requerido para una razonable defensa, sólo puede calificarse de crimen de lesa humanidad, cuando la mayor parte de ésta carece de lo necesario para vivir decentemente. Del gasto militar de todos los países del mundo, Estados Unidos acumula el 47%; mientras que Europa ronda el 23%. China ha aumentado un 18% su gasto militar. Son datos del Instituto de Investigación para la Paz, de Estocolmo (SIPRI). Si nos fijamos en la venta y transferencia internacional de armamento, el 66% procede

de Estados Unidos. Y en el lucrativo mercado de las máquinas de matanza y destrucción, en 2002, el primer exportador fue Rusia, con el 36% mundial, seguida de Estados Unidos (SIPRI).

El armamento nuclear, dispuesto en silos terrestres, submarinos, buques de guerra y aeronaves, continúa constituyendo el peligro más inmediato de autodestrucción de la humanidad, aunque ya nadie hable de ello. No es un asunto obsoleto: Hoy mismo (2004) está saliendo de las fábricas una nueva generación de armas nucleares, denominadas microbombas. Ahora que se ha suprimido el escrúpulo de no ser el primero en utilizar ese tipo de armamento. Además, no deben subestimarse las otras las armas de destrucción masiva: químicas, biológicas, bacteriológicas.

¿Es posible el *desarme*, al menos el desarme nuclear? No las reducciones tácticas, que sólo camuflan una modernización del arsenal. Gabriel Jackson, historiador estadounidense, ha escrito interesantes artículos a propósito de las armas de destrucción masiva (*El País*, 23 noviembre 2001) y de la negociación de un desarme general, verificable y permanente de todas las reservas existentes de armas nucleares, químicas y biológicas (*El País*, 9 abril 2002).

Los costes humanos del armamentismo plasman una forma de terrorismo. En el planeta hay casi 640 millones de armas ligeras, una por cada diez personas. El 60% de esas armas está en manos de civiles. Lo cierto es que cada año mueren en el mundo más de 500.000 personas sólo a causa de disparos de armas ligeras, según Amnistía Internacional y Oxfam/Intermon, en colaboración con la Red Internacional de Acción contra las Armas (2003). Sólo en Estados Unidos, hay 11.000 asesinatos al año con armas de fuego (2003).

La fuerza, influencia y control políticos de las siglas USA no se limitan al poderío militar. Se trata de ser fuertes para imponer los propios intereses, sin que nadie pueda rechistar; para transgredir el derecho internacional, sin que nadie esté en condiciones de pedir responsabilidades. La acérrima oposición al proceso de organización de la sociedad mundial es llamativa: Desde 1980, Estados Unidos no ha suscrito una sola convención o compromiso de las Naciones Unidas, ni siquiera la Convención de los Derechos del Niño, ni el acuerdo sobre Población y Desarrollo, ni el reconocimiento de La Corte Penal Internacional, ni el Protocolo de Kioto sobre el cambio climático... No son de extrañar las condiciones de confinamiento de los prisioneros afganos en Guantánamo, ni las torturas sistemáticas infligidas a los detenidos iraquíes en la cárcel de Abu Ghraib, en Bagdad. Se inscriben dentro de la lógica de la hegemonía irrestricta a la que aspiran con la buena mala conciencia de ser el nuevo pueblo elegido. Por eso rechazan todo papel efectivo de las Naciones Unidas y de sus agencias especializadas. Y tienen la desfachatez de exigir ante la ONU que todos los soldados y civiles norteamericanos sean inmunes ante la Corte Penal Internacional. No parece creíble que ningún poder hegemónico sea capaz de moderarse por iniciativa propia. Será necesaria la contención externa y la apertura de otras vías de política mundialista, multilateral y democrática, para que puedan reconducir la deriva imperial, en colaboración con los sectores estadounidenses más propensos a la concertación.

Aparte de las guerras, enumeremos tan sólo algunos otros problemas conexos: El reclutamiento de menores de edad para la milicia, no sólo en el tercer mundo, por ejemplo en Uganda o Sudán, sino en el primero, como hacen Estados Unidos y Reino Unido. El problema mundial de las *migraciones*, originadas por condiciones bélicas, políticas y económicas. El problema mundial de los desplazados y *refugiados* en territorio extranjero, sin posibilidad de regresar a sus hogares por el caos y la inseguridad campantes.

También está esa otra guerra larvada: El problema mundial del poder de las organizaciones delictivas, de las mafias de la droga, el mercado negro de armamento, el tráfico de órganos, el comercio prostibular, el contrabando de personas y toda clase de productos acaso fraudulentos. Y su ominosa vinculación, más allá de toda ideología, con guerrillas pervertidas en bandidaje, como en Colombia, así como con grupos terroristas, sea cual sea su color.

Ante la magnitud de la geoproblemática, parece inexcusable la necesidad de alguna clase de *gobierno mundial* efectivo, responsable ante todas las naciones y que supervise el proceso de mundialización. Esta necesidad, no obstante, está siendo boicoteada sistemáticamente por las grandes potencias. Le han declarado la guerra a muerte aun antes de que exista. Su lugar está siendo usurpado por un peligroso desgobierno, o lo que es lo mismo, por un gobierno mundial de facto, que no es sino el de las superpotencias, los plutócratas, los marchantes y los militaristas. Su aparato visible está conformado por el G-8, que a su vez controla casi la totalidad de las instituciones mundiales (3). Lo que ocurre es que «tenemos un sistema que cabría denominar *Gobierno global sin Estado global*, en el cual un puñado de instituciones -el Banco Mundial, el FMI, la OMC- y unos pocos participantes -los ministros de Finanzas, Economía y Comercio, estrechamente vinculados a algunos intereses financieros y comerciales- controlan el escenario, pero muchos de los afectados por sus decisiones no tienen casi voz» (Stiglitz 2002: 47-48). Quien lo dice no es un altermundista exaltado, sino Joseph E. Stiglitz, premio Nobel de Economía en 2001, que, entre otros cargos, fue economista jefe y vicepresidente del Banco Mundial.

De facto, el (des)orden planetario de nuestra época se funda en la voluntad hegemónica y unilateral de la gran potencia militar. La hiperpotencia busca reforzar su posición hegemónica en el mundo, entendida como necesaria para su «seguridad». A la vez, se habla de «seguridad» ante una supuesta amenaza, con el propósito ideológico de enmascarar problemas sociales y económicos. El mayor peligro para la política internacional y la democracia no radica tanto en el terrorismo, como en el autoritarismo estatal y en la lógica militarista adoptada ante los conflictos. Es predecible que sólo un marco legal mundial y un gobierno mundial con medios políticos y policiales para hacerse respetar, permitirá construir un sistema que garantice la seguridad nacional y global de la sociedad mundo.

2.4. Las estructuras ideológicas difunden a la par ciencia y miseria mental y moral

Vivimos en la era de la información global y, a la vez, hay que agregar, de la manipulación masiva de la información y los significados. La semántica del engaño y el autoengaño resulta tan omnipresente que nadie lúcido puede ir ya sino en ristre con la hermenéutica de la sospecha.

El problema más elemental es el del analfabetismo y la *educación*. En todo el mundo, uno de cada cinco niños no termina la escuela primaria. Un niño de África subsahariana sólo tiene una posibilidad entre tres de terminar la escuela primaria. Y uno de cada cuatro niños en edad escolar de Asia meridional no recibe ninguna educación (*Informe sobre desarrollo humano 2003*). Sin elevar el nivel de formación y sin bajar el nivel demográfico, gastando los escasos recursos en armamento en vez de en escuelas, la miseria sólo puede expandirse y la corrupción eternizarse.

¿Llegará la universidad para todos, el interés general por la ciencia? Nuestra especie muestra gran curiosidad de primate, pero escaso afán científico, salvo excepciones. La mitología de la salvación por medio de la ciencia y la técnica ha constituido el dogma de la religión del progreso que conduciría a una era de abundancia para todos. El saber constituye una red de conocimiento entrelazada con las redes de poder y con las redes económicas y financieras. Las reformas de la enseñanza se orientan a una mayor subordinación a los intereses del mercado, en detrimento del sentido social. Más aún, la *investigación científica* mundial se encuentra ampliamente supeditada a proyectos militares y a empresas privadas.

Desde la prensa escrita al teléfono, el cine, la radio y la televisión, hasta Internet, los grandes inventos de la comunicación y la información se han ido sucediendo y se han perfeccionado con tecnologías revolucionarias. Han supuesto un despegue sin precedentes para la circulación de mensajes, para el desarrollo del conocimiento, para las relaciones interpersonales. Aunque también los saberes están disparatadamente mal repartidos. En cualquier caso, lo cierto es que la difusión de información, cultura y diversión a través de los *medios masivos*, o sea, el control de la multimedialidad se ha convertido en una pieza primordial de la estrategia política y económica. Han proporcionado una impresionante liberación a los individuos, pero, al mismo tiempo, no dejan de prestarse a la fea función de operar como medios de manipulación de la opinión y de intoxicación mental y social a escala antroposférica. Se ha hablado de la «sociedad teledirigida», de la civilización (¿o barbarie?) de la imagen, que alumbra al *homo videns*: las imágenes de vídeo virtualizan y suplantán a la realidad, atrofian la capacidad de pensamiento o crítica, y, en consecuencia, esa «casi total decapitación del *mundus intelligibilis* pasa prácticamente desapercibida» (Sartori 1997: 193). El conocer por imágenes ni explica ni hace entender la realidad, en la medida en que impide conocer por conceptos.

Al ver sin entender se ha añadido, en fulgurante expansión, el hablar sin pensar (sea en versión propiamente fonética o escrita con grafía contrahecha). Ha sido propiciado por

el teléfono de bolsillo y por el ordenador doméstico que da acceso a tertulias mil, privados o mensajerías instantáneas.

Las redes de comunicación están sirviendo, sobre todo, a la transmisión de significaciones cargadas de ideología. En particular, «los programas televisivos estadounidenses y las agencias transnacionales de publicidad intoxican con resplandecientes imágenes de modernidad a miles de millones de personas en todo el globo, pero se olvidan de advertir que este estilo de vida de consumo ilimitado es, en esencia, insostenible» (Capra 2002: 193). Al ser tan masivos, esos mensajes consuetudinarios dan la falsa impresión de una normalidad que oculta su carácter absolutamente tendencioso, mixtificador, manipulador.

Asimismo, es más verdadero que su contrario afirmar que el sistema educativo y el sistema multiforme de los medios masivos sirven, en general y paradójicamente, al fomento de la ignorancia de lo que está ocurriendo en el mundo. Terabytes de información convertibles en texto, video, audio, diseño, conocimiento o montaje cumplen sofisticadas funciones de adoctrinamiento y control. No es casual que Estados Unidos sea el primer exportador del mundo en materia de cine, televisión, música, programas informáticos y correo basura por Internet. Al mismo tiempo, esta Red de redes, inventada por el Pentágono, se ha autonomizado hasta permitirnos una libertad inédita de comunicación con todo el mundo. Sus efectos emergentes escapan al control que amordaza a los otros medios tradicionales de comunicación. Pero quizá no del todo. Pues los satélites de los Estados poderosos y sus redes de servicios de inteligencia proporcionan la infraestructura a tinglados de *espionaje* global, como la red Echelon, cuyas antenas de rastreo pueden interceptar todos los mensajes transmitidos en el mundo, sea por Internet, el teléfono, el télex o el fax. El trasiego mundial de los significados emitidos pasa por filtros ávidos de saber para acrecentar el poder: Existen sistemas de vigilancia total de informaciones, como el Total Information Awareness (TIA), establecido por el Pentágono, o el Computer Assisted Passenger Pre-Screening (CAPPS), que analizan el eventual nivel de peligrosidad de cada persona y la clasifican con el código de color correspondiente: verde, amarillo o rojo. No le va a la zaga la iniciativa privada: IBM está poniendo en el mercado, con el nombre de WebFountain, un hipermotor de búsqueda capaz de procesar toda la información disponible en Internet, a fin de detectar movimientos de opinión y tendencias en las actividades (noticia de 2003). Los gobiernos recelan de Internet, a la vez que intentan utilizarla. China y Cuba amputan la libertad de sus ciudadanos para acceder a la Red. Estados Unidos intenta censurar la difusión e intercambio de conocimientos científicos y técnicos, susceptibles de uso militar.

La revolución informacional de Internet desborda todas las previsiones. Parece incuestionable que esta revolución de la información y la comunicación está contribuyendo al despliegue de la noosfera terrestre, que, aún en estado caótico, promueve la posibilidad una nueva era para la humanidad. Aunque se puede naufragar en océanos de información, no exentos de tempestades y señuelos. ¿Cómo seleccionar y refinar la ingente cantidad de informaciones brutas e inconexas para elaborar

conocimientos, que resulten no sólo rentables sino constructivos para las personas y para el sistema mundial, incluida la biosfera?

Como la abundancia de alimento no garantiza una dieta saludable ni previene la obesidad, la sobreabundancia de información no mejora necesariamente el despertar del pensamiento y la bondad. La desorientación social y vital, con el vacío intelectual y la desolación moral que entraña, deja espacio a las sectas que obnubilan la conciencia individual. En medio de la apertura universal de la globalización, cunde el sectarismo en todos los planos, como droga simbólica: toda clase de guetos seudotribales, racistas, sexistas, etnicistas, nacionalistas. De forma análoga, las drogas propiamente tales, cunden como nueva magia que asocia una efímera beatitud alucinatoria a una perturbación química, operando como sucedáneo de un sentido de la vida que se escapa, y seduciendo a una vía de evasión lindante con los bordes borrosos de la autodestrucción. El espíritu de la tribu y la hechicería rebrotan entre los meandros de la mundialidad, como un estorbo más al avance hacia el horizonte de sentido de una mayor humanización.

Algunas ideologías políticas y religiosas, ya sean controladas por el Estado o por entramados no estatales, han resurgido, proponiendo salvación a cambio de adhesión ciega. Nuevas modalidades de integrista y fundamentalismo justifican las peores aberraciones en nombre de una causa suprema, erigida en verdad absoluta, última, inapelable e indiscutible. Así surge el fanatismo, que alimenta sinuosamente actitudes intolerantes, totalitarias y violentas.

Se habla, con razón, del fanatismo de los extremistas musulmanes y su engendro, el terrorismo islamista, bien patente después de los atentados indiscriminados del 11 de septiembre de 2001, en Nueva York y Washington, y el 11 de marzo de 2004, en Madrid. Desde una lectura salafista del *Corán* en aleación con ideas políticas modernas, forma una trama ideológica con la que pretende legitimarse frente a las «podridas democracias» y «contra el imperialismo» y el «totalitarismo estadounidense», denunciando el «vacío espiritual y moral» y la «corrupción de las costumbres» de las sociedades occidentales. De tal manera que justifican las autoinmolaciones asesinas, al servicio de la fe, porque «sólo hombres y mujeres armados de una fe total en los valores fundamentales de verdad, justicia y fraternidad serán aptos para librar a la humanidad del imperio de la mentira» (son declaraciones de Ilich Ramírez, *Carlos o El Chacal*, convertido al islam, reseñadas en *El País*, 28 junio 2003, que cuentan con paralelos clónicos en Osama bin Laden y sus sicarios). La consabida invocación, ingenua o cínica, de la Verdad absoluta lava la conciencia para condonar todos los crímenes, nada menos que como servicio a Dios y a la causa de la humanidad. Es siempre el mismo tipo de discurso pervertido, paranoico y maniqueo, de los verdaderos creyentes y los impíos infieles, del Eje del Bien y del Mal, del choque de civilizaciones. Sea que se convierta la religión en arma política, o la política en fanatismo religioso, el resultado es siempre invariablemente nefasto.

Poco importa que se citen aleyas coránicas o versículos bíblicos. En ese país donde los billetes de banco llevan impreso el lema *In God we trust* (confiamos en Dios), donde la

gente ve normal que el Presidente repita asiduamente en sus alocuciones «Dios bendiga América», el integrista religioso no sólo no decae, sino que cunde como la peste. Por ejemplo, las encuestas indican que el 86% de los estadounidenses cree en los milagros, y un 45% cree que el fin del mundo será una batalla apocalíptica entre Jesús y el Anticristo. Algún Estado de la Unión ha llegado a prohibir que se explique la teoría de la evolución en las escuelas.

Y es que se dan muchas variantes de mentalidad fanática, siempre opuestas al diálogo, al humanismo, al universalismo, al mundialismo. Su núcleo mitológico es antagónico con la igualdad, la libertad y los derechos humanos. De ahí la importancia de distinguir una axiología *igualitaria* frente a una axiología *autoritaria* (basada en uno u otro dogmatismo). La primera se guía por el principio de que «todos somos iguales», o, en lenguaje teológico, «todos somos hijos de Dios», y solo ella puede fundar la ética de un mundo basado en la igualdad, el respeto a la diferencia, el diálogo entre las culturas y civilizaciones.

Por el contrario, la ideología y axiología *autoritaria* infunde una conciencia ilusoria de ser «el pueblo elegido», que hace creer que «sólo nuestro Dios es el verdadero» y «sólo nosotros somos los verdaderos hijos de Dios», la humanidad superior, portadora de la verdad absoluta y, por consiguiente, llamada a una misión de dominación sobre el mundo. Coartada perfecta.

En las antípodas del fanatismo, religioso y político, del que ninguna sociedad está definitivamente a salvo, renovemos ese logro del espíritu europeo y occidental, abierto transculturalmente a la universalidad concreta de todos los humanos, con quienes podemos y debemos compartir esquemas mentales y valores, entre los que habrá que defender a ultranza la libertad individual, la razón crítica y problematizadora y la actividad transformadora del mundo.

2.5. Las condiciones ecológicas acusan impactos destructores de la biosfera

Las catástrofes puntuales, con tremendas consecuencias humanas y ambientales, como los escapes químicos altamente venenosos de Seveso (Italia 1976) y Bhopal (India, 1984), como los accidentes radiactivos de Three Miles Island (Estados Unidos) y Chernóbil (Ucrania, en la antigua Unión Soviética, 1986), como el hundimiento de superpetroleros que originan inmensas mareas negras, entre otros el Exxon Valdez (Alaska, Estados Unidos, 1989) o el Prestige (España 2002), no son sino momentos álgidos de un proceso crónico que afecta permanentemente a la biosfera terrestre, por obra y desgracia de la acción humana.

El funcionamiento normal del sistema de producción y desarrollo implantado mundialmente, sobre todo en los países industrializados, agrava día a día una trama de problemas generales de orden medioambiental. Éstos acaban incidiendo en los países vecinos y atacando al conjunto de la biosfera, porque en esto no hay fronteras y es evidente que las catástrofes no las respetan. Baste evocar los principales: La

contaminación de las aguas dulces e incluso de los mares. La lluvia ácida que castiga los bosques. El envenenamiento y salinización de las tierras de cultivo. La deforestación, desertificación y erosión de los suelos. El almacenamiento de desechos químicos y radiactivos, muy nocivos y duraderos. La urbanización excesiva y salvaje y la expansión del cemento y el asfalto. Las emisiones de compuestos sulfuro, carbono y nitrógeno que ensucian el aire que respiramos en la ciudad y causan tantas molestias y enfermedades. Las emisiones incontroladas de gases de efecto invernadero, en particular las deyecciones de dióxido de carbono, que contribuyen al calentamiento global de la Tierra y al deshielo, en definitiva, a un cambio climático temible, que alterará los ciclos vitales. La descomposición de la capa de ozono estratosférica, que nos protege de rayos ultravioleta malignos. La esquilma de la biodiversidad y la creciente extinción de especies vivas. El agotamiento de muchos recursos naturales, capitales para el sistema productivo actual. El impacto ecológico producido por la acción humana nos tiene sumidos en una crisis biosférica global, que amenaza el bello planeta que hemos conocido. Iniciativas de buena voluntad, como la declaración de la Conferencia de Río de Janeiro (1992), o el Protocolo de Kioto (1997) apenas representan lenitivos de reducida eficacia y que, además, no son aplicados significativamente.

Esta deletérea deriva de los sistemas ecológicos es resultante de un modelo de actividad económica ineficiente y descontrolado, que a medio plazo está cavando su propia tumba. A la vez, la crisis ecológica retroactúa sobre el sistema tecnoeconómico planteándole desafíos más difíciles. Abandonados a su suerte, a la sola ley del mercado, los problemas económicos y ecológicos se retroalimentan positivamente, cosa que sólo puede desembocar en un colapso. Ahora bien, el poder político y los poderes financieros no son ajenos al curso que sigue la globalización económica: son sus promotores. Y los científicos, que están pagados por los Estados o por empresas privadas, llevan años trazando una radiografía alarmante de la biosfera. Los responsables políticos y económicos no podrán alegar ignorancia. Si, en efecto, ignoran esta problemática en sus decisiones, se trata de una ignorancia voluntaria. Y culposa.

3. Dos patrones de organización antagónicos para el sistema mundial

El hecho es que las sociedades humanas ya no pueden funcionar sino integradas en el sistema mundial; por eso, no cabe considerarlas ya sistemas socioculturales autónomos. El sistema social mundial, supranacional, se ha instaurado como «estructura disipativa» compleja de un sistema abierto, que opera lejos del equilibrio. La geoproblemática emergida de este sistema global en proceso de integración no puede ser adecuadamente abordada más que en el mismo nivel de su emergencia.

En el devenir de este sistema mundial, han entrado en juego distintas lógicas de la acción que guían internamente la formación de sus estructuras, o en otros términos, están en pugna distintos patrones de organización o formas sociales posibles, que obedecen respectivamente a distintas estrategias de la intervención humana y a

dispares intereses y finalidades. Aquí, los patrones y formas no están sólo plasmados en las estructuras materiales o institucionales de la realidad sociocultural, sino que anidan y se conforman y gestan semánticamente en las mentes de los agentes sociales, que determinan con sus prácticas el proceso. Por ende, el papel de las individualidades y su formación intelectual y moral adquieren una importancia decisiva.

El *sistema de reglas* acordado y establecido en 1945/1948, el de la ONU, está en entredicho, no desde el 11-S (atentados de 2001), sino desde 1989/1991, cuando finalizó la guerra fría con el desmoronamiento de la URSS. Desde entonces, Estados Unidos ha iniciado un proceso de cambio de reglas, que pretende imponer unilateralmente, para postular luego una adhesión multilateral. Abolido el viejo sistema de reglas y ausente todavía uno nuevo, nos hallamos en medio de la indefinición y la incertidumbre. No se sabe cuáles serán las reglas del nuevo orden internacional, ni quién será capaz de imponerlas a todo el planeta.

Autores bien documentados aseguran que todas las intervenciones antisociales y antimundialistas del gobierno de Estados Unidos, en los últimos cuatro años, estaban ya planeadas o en marcha antes de los atentados del 11 de septiembre de 2001: la guerra contra Afganistán y contra Irak, el incremento disparado del déficit presupuestario, la bajada de impuestos a los ricos, la reducción de prestaciones sociales a los más necesitados, la nueva política de defensa unilateral (escudo antimisiles, microbombas atómicas), el control de las fuentes energéticas en Asia central y África, la ideología del choque de civilizaciones, la marginación del derecho internacional y de la ONU.

Estas estrategias obedecen a una lógica hegemónica y de algún modo imperial, que se manifiesta terminantemente contraria a la democratización de la sociedad mundial y pretende contrarrestar la pérdida de control que para Estados Unidos puede suponer una globalización abierta a todos. Por eso, en lugar de plantear la seguridad mundial a través del acuerdo multilateral, el presidente Bush anunció la Estrategia de Seguridad Nacional (septiembre de 2002). Los ideólogos neoconservadores lo tienen muy claro: «Esta elección se tiene pocas veces. Hay que enfrentarse a la realidad. Desde el punto de vista estadounidense, un orden internacional sólo puede tener un centro, Estados Unidos, y no el Consejo de Seguridad de la ONU» (Robert Kagan, *El País*, 23 marzo 2003, suplemento del domingo). No parecen dispuestos, bajo ningún concepto, a que prospere una sociedad mundial sin pobreza, fundada democráticamente y con una seguridad en común, cosa que se podría financiar (según algunos entendidos) con una modesta parte de las colosales sumas gastadas de hecho en impedirlo.

Con una panoplia tan bárbara, que exhibe el unilateralismo, el menosprecio del derecho internacional, la doctrina de la guerra preventiva, el derrocamiento de regímenes amenazadores, al mismo tiempo que escamotea metódicamente el análisis y remedio de las causas estructurales de los conflictos, nada extraño tiene el hecho de que vivamos en un mundo cada vez más inseguro. Pretender que también la seguridad sea privilegio de unos pocos parece insensato, porque las inestabilidades afectan al sistema como un todo y nadie estará a salvo del agravamiento de las perturbaciones.

En realidad, coexisten simultáneamente dos principales tendencias o lógicas enfrentadas que concurren en la organización o la desorganización de un sistema humano global, de la sociedad mundial. Fundamentalmente cabe analizar que se da una lógica de asociación en oposición dialéctica a una lógica de disgregación. Según cuál de ellas predomine, la evolución del sistema se polarizará hacia un atractor de futuro u otro. Lo que no tiene discusión es que la agudización de la inestabilidad estructural amenaza con desencadenar un estallido o una implosión. En los sistemas sociales, «las perturbaciones significativas pueden activar múltiples procesos de retroalimentación que, a su vez, pueden conducir a una rápida emergencia de orden nuevo» (Capra 2002: 336). Así aconteció, entre otros ejemplos, con la caída del muro de Berlín, el fin de la segregación racial en Suráfrica o el imprevisto derrumbe de la URSS. Lo que parece sugerir que, en los puntos críticos de inestabilidad, son más probables los derrumbamientos que la creación de nuevas síntesis. En definitiva, es preferible trabajar por las transformaciones constructivas, sabiendo que sólo el acierto en la reorganización del sistema mundial nos dará la oportunidad de salvar a la humanidad, en el sentido de encaminarla a una mundialización pluralista, multilateral y menos inicua, capaz de subsistir en condiciones alejadas del equilibrio, como la vida misma.

No resulta predecible cuál será el modelo de sistema antrosocial mundial que finalmente se impondrá. En medio de grandes incertidumbres, en condiciones de fuerte hostilidad, se detectan tendencias que operan en pro y en contra de su construcción y de la imprescindible estabilización.

Está la posición de los agoreros de la *destrucción* del sistema, que, con fe ciega en una omnipotencia ilusoria, convocan a destruirlo todo para crearlo de nuevo (al final, simplemente destruyen y empeoran). Se presentan bajo múltiples máscaras: desde el utopismo exaltado, la violencia redentora, el rousseaunismo ingenuo, los delirios anarquistas y los guevaristas, hasta las barbaries exterminadoras de Stalin, Hitler, Pol Pot y bin Laden.

Otra posición se encuentra firmemente comprometida con la *obstrucción* del proceso mundialista, en nombre de la propia «identidad» particular sacrosanta, que ha de ser preservada o promovida a toda costa, porque, en el fondo, se la cree la forma superior de humanidad, que sólo puede degradarse si se mezcla con los demás. Esta mentalidad cavernícola, empuja a una reafirmación unilateral de la parte, que es, hipostasiándola como ideal del todo. Así operan todas las variantes de particularismo, ya sea racista, etnicista, nacionalista, tanto cuando se repliega sobre sí, en un intento vano de salvar su esencia homogénea, como cuando se despliega al modo imperialista, cual falsa alternativa y estorbo a la globalización.

Finalmente, por lejos que estén de su objetivo, la posición del mundialismo, una de cuyas formas es el altermundismo, se esfuerza por contribuir a la *construcción* del espacio común mundial, basado en el humanismo de los derechos humanos y los valores éticos universales, la renovación de la ONU, la legalidad internacional, las

políticas multilaterales y multipolares. Los pasos hacia una globalización regulada, justa, equitativa, solidaria y ecológica serán pasos hacia una sociedad mundial y no hacia un imperio mundial (cfr. Morin 2003). Desconocemos si las turbulencias del sistema antropológico se decantarán hacia un atractor u otro, o si acaso la bifurcación ha ocurrido ya y no nos damos cuenta.

Todos estamos embarcados en la evolución del sistema mundial ecológico-antropológico. De lo que se trata es de co-gobernarlo en beneficio de todos: de la humanidad y el planeta. Para esto es necesaria una notoria amplificación de la lógica estructural integradora, de modo que llegue a hacerse dominante en el funcionamiento de los mecanismos del sistema global, frente a la lógica tribal, o nacional, o imperial, y llegue a invertir los desajustes existentes hacia una sinergia positiva de las estructuras demográficas, tecnoeconómicas, sociopolíticas, axioideológicas y ecológicas.

Las estructuras globales están ahí desarrollándose, en interacción cada vez más estrecha, pero desplegándose anárquicamente, sin regulación ni estabilidad mínima, en medio de peligrosas turbulencias. Han caído las fronteras, pero no cesan de crecer las brechas: la brecha de las desigualdades económicas, la brecha abismal de poder frente a las potencias y la hiperpotencia, la brecha científica y digital. Por doquier, saltan a la vista crisis de organización en todos los planos y en el sistema global, bajo el desgobierno de las superpotencias, los plutócratas, los marchantes y los militaristas.

No cabe otra opción razonable que tratar de organizar democráticamente el gobierno mundial, crear una sociedad civil mundial, una opinión pública mundial, no manejada por los charlatanes de los medios; desarrollar redes de movilización mundial y, sobre todo, instituciones con poder de decisión económica y política a escala planetaria. Para ello, es urgente superar el feudalismo depredador de los mercados y el provincianismo chovinista de los Estados nacionales. Es el primer deber encarar la miseria multiforme en que arrastran su vida la mayoría de los individuos de la especie humana.

Un patrón de organización y una estrategia de visión panhumana están llamados a promover no sólo la cooperación internacional, entre Estados, ni sólo las uniones económico-políticas regionales, sino la potenciación y democratización de las instituciones mundiales, como la ONU, y, quizá reformando o refundando ésta, la instauración de alguna clase de federación mundial, con capacidad ejecutiva, en orden a la solución de los grandes problemas, de los que cada día cobramos más nítida y angustiosa conciencia.

4. Una sociedad mundial más allá del concepto de desarrollo y del hegemonismo

Más allá de cuál sea el modelo que triunfe en la organización de la mundialidad, Edgar Morin nos señala un problema aún más radical: Es cada vez más claro que el modo de desarrollo tecnoindustrial no resulta viable a escala general, ni siquiera en las versiones dulcificadas, que desde hace un tiempo hablan eufemísticamente de

desarrollo «sostenible» o desarrollo «humano». Todo eso pertenece al pasado. Morin aboga, paladinamente por el abandono liso y llano del concepto de desarrollo. Porque no está en él la clave de la superación de los grandes problemas y amenazas del mundo. En su lugar, como aquí hemos sugerido también, preconiza la necesidad de *un nuevo comienzo* que plantee globalmente la problemática global. Esto requiere una *política de la humanidad* y una *política de civilización* a escala planetaria, en la que deben participar inexcusablemente todos los afectados. Esto supone recurrir a las potencialidades del hombre genérico, confiar en los fundamentos antropológicos e históricos que caracterizan a nuestra especie humana, y proponernos una mundialización inclusiva, confrontada sin duda a formidables obstáculos y colosales tareas pendientes.

¿Cabe señalar algunos objetivos de la reforma? Son no sólo una posibilidad, sino una necesidad imperiosa: La administración planetaria de los recursos naturales, como el agua, el petróleo y otros que sean vitales para toda la humanidad. El cumplimiento de la promesa de reducir la pobreza mundial a la mitad para el año 2015, conforme a los compromisos asumidos en los Objetivos de Desarrollo del Milenio.

La humanidad necesita plantearse el problema del terrorismo, pero también cómo hacer frente a los mecanismos de la autocracia política y el militarismo. Necesita avanzar hacia una organización mundial democrática, que prevenga y resuelva los conflictos de intereses, basada en el derecho internacional y en una federación mundial con una policía y una fuerza armada mundiales. Necesita proteger los derechos humanos, las libertades democráticas y las garantías jurídicas para todos los habitantes de este planeta; exigir derechos y deberes que respeten la convivencia de todas las poblaciones, en un solo mundo y con una cultura plural. Necesita planear, como fundamento de la seguridad, la lucha contra la miseria, la desigualdad y la injusticia. Necesita defender el Estado de bienestar y propiciar su extensión a todas las naciones. Necesita normalizar la laicidad del orden político, a fin de garantizar la libertad religiosa y la libertad de conciencia de todos los individuos.

La política, la economía, la ecología y la vida cotidiana van entrelazadas. Por ejemplo, si el comportamiento hegemónico está de hecho fundamentado en la obtención de recursos estratégicos, como el petróleo, la evolución hacia una política energética basada en fuentes de energías renovables revertiría en una reducción del impacto medioambiental, pero a la vez facilitaría una política internacional menos agresiva, con menos gastos militares, y una distensión de la convivencia en todos los niveles.

Toda reforma política y económica depende a la par de la reforma del pensamiento, que debe abrirse paso a través de aquéllas. Reformar el paradigma de pensamiento pasa por instaurar los principios de una razón común a todos los humanos y las normas básicas de una ética mundial; por realizar la crítica de los modelos ideológicos y mitológicos; por reformar el sistema educativo y extenderlo a todas las personas; remodelar y democratizar los medios masivos, para acabar con la manipulación. Hacen falta modelos de revolución tecnológica, pero también democrática y simbólica, cuyos beneficios incluyan también a los desheredados.

¿Misión imposible? Tampoco es seguro que la geoproblemática no pueda ser abordada con éxito, y que los problemas más acuciantes de la humanidad no puedan entrar en vías de resolución. La tesis de que las necesidades humanas pueden ser efectivamente satisfechas la sostuvo Herbert Marcuse, en *El final de la utopía* (allá por 1967). Actualmente la sostienen otros, como Edgar Morin: «Hoy es posible, técnica y materialmente, reducir las desigualdades, alimentar a los hambrientos, distribuir los recursos, ralentizar el crecimiento demográfico, disminuir las degradaciones ecológicas, cambiar el trabajo, crear distintas y altas instancias planetarias de regulación y salvaguardia, desarrollar la ONU como verdadera sociedad de naciones, civilizar la Tierra» (Morin 1993: 161). No es una ensoñación utópica, sino una posibilidad práctica al alcance. A todos nos incumbe tomar el camino hacia una justicia planetaria, una ciudadanía planetaria, una conciencia planetaria. Y en lugar destacado, toca a los «nuevos amos del mundo», esos próceres que alardean de manejar los resortes del sistema mundial, asumir una verdadera política de humanidad. ¿Es realmente posible? Si lo es, y no se hace, algo muy grave y fundamental está fallando, para nuestro infortunio. Porque los acontecimientos turbulentos pudieran precipitarse hasta tal punto que sea demasiado tarde y no quede ya tiempo sino para el duelo por la desdicha del otrora bello planeta Tierra rebosante de vida.

Notas

1. Jeremy Rifkin razona así: «Para que quede claro, el hambre del Tercer Mundo es un fenómeno complejo que no podrá ser anulado con la introducción de cultivos transgénicos. Primeramente, hay que reconocer que el 80% de los niños desnutridos de las zonas en desarrollo viven en países con excedente de alimentos; el problema del hambre tiene más relación con la manera de emplear la tierra cultivable. Hoy en día, el 21% de los cultivos de los países en desarrollo se destina al consumo animal. En muchos de estos países, más de una tercera parte de los cereales se cultivan para alimentar el ganado. A su vez, estos animales serán ingeridos por los consumidores más acaudalados de los países industriales del norte. La consecuencia es que estos consumidores siguen una dieta rica en proteínas animales, mientras que a la población más pobre sólo le queda una pequeña parte de tierra en la que cultivar cereales para sus propias familias. E incluso la tierra que tienen a su disposición, pertenece con frecuencia a empresas agrícolas mundiales, lo cual agrava la difícil situación de los campesinos pobres. La introducción de cereales modificados genéticamente no va a cambiar esta realidad básica» (Rifkin 2003).

2. Recuérdense las dificultades respecto al Protocolo de Kioto de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, que los gobiernos acordaron en diciembre de 1997 y que obliga a los países industrializados a reducir, para el año 2008, las emisiones de gases de efecto invernadero en un 5,2% respecto a los niveles de 1990.

3. Este *Directorio* informal político-económico, que gobierna fácticamente el mundo, se formó en 1975 (G-7): Estados Unidos, como socio preponderante, junto con Japón, Alemania, Francia, Reino Unido, Canadá e Italia. En 1997, se agregó Rusia, dando lugar al G-8. Se reúnen una vez al año para analizar la marcha de la economía mundial y adoptar las medidas más convenientes a sus intereses particulares. Este club privado representa al 15% de la población mundial (unos 1.000 millones de personas), acumula casi el 60% de la producción mundial, y controla todas las decisiones importantes sobre la economía global. La estrategia que aplican es la del «consenso de Washington»: más desregulaciones, más privatizaciones, más comercio internacional para las multinacionales, creciente concentración empresarial, incremento acelerado de la desigualdad entre los países y dentro de cada país. Mal camino para resolver conflictos y garantizar la convivencia, que es la finalidad del poder político.

Bibliografía

BAUMAN, Zygmunt (2001), *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, Siglo XXI, Madrid, 2003.

BARNEY, Gerald O. (coord.) (2002), *Guía del mundo 2001-2002*, Instituto del Tercer Mundo, Montevideo.
<http://www.eurosur.org/GDM2001/>

BRUCKNER, Pascal (2002), *Miseria de la prosperidad. La religión del mercado y sus enemigos*, Tusquets, Barcelona, 2003.

CAPRA, Fritjof (2002), *Las conexiones ocultas. Implicaciones sociales, medioambientales, económicas y biológicas de una nueva visión del mundo*, Anagrama, Barcelona, 2003.

CASTELLS, Manuel (1996), *La era de la información. Economía, sociedad y cultura, 1-3*, Alianza, Madrid, 2000.
(2001), *La galaxia Internet*, Plaza & Janés, Barcelona.

CORDELLIER, Serge (y Béatrice Didiot) (2002), *El estado del mundo. Anuario económico y geopolítico mundial 2003*, Akal, Madrid.

FAO (2002), *El estado de la inseguridad alimenticia en el mundo 2002*, FAO.
http://www.fao.org/sof/index_es.htm

FUKUYAMA, Francis (2002), *El fin del hombre. Consecuencias de la revolución biotecnológica*, Ediciones B, Barcelona.

GEORGE, Susan (2001), *Informe Lugano. Sobre la conservación del capitalismo en el siglo XXI*, Icaria / Intermon, Barcelona.

GRIFFITHS, Sian (1999), *Predicciones*, Taurus, Madrid, 2000.

IGNATIEFF, Michael (2003), *Los derechos humanos como política e idolatría*, Paidós, Barcelona.

LOVELOCK, James (1979), *Gaia. Implicaciones de la nueva biología*, Kairós, Barcelona, 1992.

(1988), *Las edades de Gaia: una biografía de nuestro planeta vivo*, Tusquets, Barcelona, 1993.

(1991), *Gaia. Una ciencia para curar el planeta*, Integral, Barcelona, 1992.

MEADOWS, Dennis L. (1992) *Más allá de los límites del crecimiento*, El País/Aguilar, Madrid.

MESAROVIC, Mihajlo (y Eduard Pestel) (1974), *La humanidad en la encrucijada. Segundo informe al Club de Roma*, FCE, México, 1975.

MONTOYA, Roberto (2003), *El imperio global. George W. Bush, de presidente dudosamente electo a aspirante a César del siglo XXI*, La Esfera de los Libros, Madrid.

MORIN, Edgar (1965/1999), *Introducción a una política del hombre*, Gedisa, Barcelona, 2002.

(2001), *El método, V. La humanidad de la humanidad. La identidad humana*, Cátedra, Madrid, 2003.

(2003) «¿Sociedad mundo, o Imperio mundo? Más allá de la globalización y el desarrollo», *Gazeta de Antropología*, nº 19.

http://www.ugr.es/~pwlac/G19_01Edgar_Morin.html

MORIN, Edgar (y Anne Brigitte Kern) (1993), *Tierra-Patria*, Kairós, Barcelona.

MORIN, Edgar (y Sami Nair) (1997), *Une politique de civilisation*, Arléa, París.

PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD) (1999), *Informe sobre desarrollo humano 1999*, Mundi-Prensa Libros, Madrid.

(2000), *Informe sobre desarrollo humano 2000*, Mundi-Prensa Libros, Madrid.

En Internet: <http://www.undp.org/hdr2000/home-sp.html>

(2001), *Informe sobre desarrollo humano 2001*, Mundi-Prensa Libros, Madrid.

En Internet: <http://www.undp.org/hdr2001/spanish/>

(2002), *Informe sobre desarrollo humano 2002*, Mundi-Prensa Libros, Madrid.

En Internet: <http://www.undp.org/hdr2002/espanol/>

(2004), *Informe sobre desarrollo humano 2004. La libertad cultural en el mundo diverso de hoy*, Mundi-Prensa Libros, Madrid.

RAMONET, Ignacio (2002), *Guerras del siglo XXI. Nuevos miedos, nuevas amenazas*, Mondadori, Barcelona.

- REVUELTA, José Manuel (2004), *Anuario El País 2004*, Ediciones El País, Madrid. También en Internet.
- RIFKIN, Jeremy (2003), «Bush, la UE y la polémica de los alimentos», *El País*, 1 junio 2003.
- SARTORI, Giovanni (1997), *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Taurus, Madrid, 2003.
(2001), *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, Taurus, Madrid, 2001.
(2003), *La Tierra explota. Superpoblación y desarrollo*, Taurus, Madrid, 2003.
- SHIVA, Vandana (2000), *Cosecha robada. El secuestro mundial de alimentos*, Paidós, Barcelona, 2003.
- SMIL, Vaclav (2003), *Alimentar al mundo. Un reto del siglo XXI*, Siglo XXI, Madrid, 2003.
- STIGLITZ, Joseph E. (2002), *El malestar en la globalización*, Taurus, Madrid, 2002.
- VIDAL-BENEYTO, José (coord.) (2002), *La ventana global. Ciberespacio, esfera pública mundial y universo mediático*, Taurus, Madrid.
(2003), *Hacia una sociedad civil global*, Taurus, Madrid.
- WILSON, Edward O. (1998), *Consilience. La unidad del conocimiento*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1999.
- ZIEGLER, Jean (2003), *Los nuevos amos del mundo y aquellos que se les resisten*, Destino, Barcelona, 2003.